

autobiografía, que va desde 1929 (a los cero años de edad) hasta 1965 (año en que se expatria definitivamente de Cuba, su tierra natal, para radicar en Londres).

Muchos de estos artículos aparecieron publicados originalmente en *Mundo Nuevo*, revista que dirigió el crítico uruguayo Emir Rodríguez Monegal. Al ser ahora recogidos en libro, no abandonan sin embargo su carácter perecedero, anacrónico, ni escapan tampoco al ámbito de la página de sociales de cualquier revista o periódico citadino; por el contrario, su carácter obsoleto se extiende a todo el libro. Gillo Dorfles ha señalado la obsolescencia como una de las características básicas de la cultura de masas: quién se acordará mañana (¿10, 15, 20 años?) de Marianne Faithfull, The Pink Floyd o John Hopkins, y el hecho de recogerlos (a ellos y a su mundo *pop*) en un libro, no los salva tampoco de la muerte publicitaria; por el contrario, somete al libro a las propias leyes de ésta: lo convierte de hecho en un libro obsoleto ya desde el mismo día de su primera exhibición en las vitrinas de las librerías. Sin embargo, hay algo que tal vez defiende al libro contra la propia futilidad de sus temas, contra la inevitable caducidad de éstos: esa delicada carcajada que lo recorre desde la primera hasta la última de sus páginas, ese fino sentido del humor que nos devuelve una literatura *original* (en la medida en que vuelve a los orígenes), lúcida y en la que cada palabra se *divierte* en el entrecruzamiento de sus múltiples significaciones, siendo mucho más un gesto posible que una puerta abierta al conocimiento.

Por otra parte, en *O*, Cabrera Infante vuelve una vez más a las obsesiones que han caracterizado toda su producción (*Así en la paz como en la guerra, Tres tristes tigres, Un oficio del siglo XX, Vista del amanecer en el trópico*): la inventiva verbal, los juegos de palabras (que alcanzan un buen nivel en el capítulo titulado "Onomástica"), su pasión por la música y la poesía populares, y esa sutil ironía que, frente a todo lo que suena a comunismo o tenga que ver con la Cuba revolucionaria, se convierte en la más aguda y cáustica sátira de que haya hecho gala el autor.

A nuestro juicio, esta última obsesión del escritor cubano hace un daño considerable a su obra. En sus dos últimos libros (éste incluido) hemos visto cómo este resentimiento se acrecienta día a día y cómo da lugar a páginas de muy poca calidad literaria. De esta rémora tendrá que librarse la literatura de Guillermo Cabrera Infante si quiere mantenerse en el nivel alcanzado por *Tres tristes tigres*; de lo contrario, su producción futura terminará convirtiéndose en "literatura política", pero de la mala.

ASALTO NOCTURNO

por Guillermo Sheridan

"Supongo que habrá tantas ideas sobre el arte de contar cuentos como lectores de

ellos existan" dijo alguna vez Conrad Aiken seguramente para salir de un mal paso. Sin embargo, ese comentario fácil puede recordarnos que lo que nos interesa a fin de cuentas de un narrador —bueno o malo— no es su método ni su factura verbal, sino su sensibilidad, aquello que, en el cuento, nos da alimento, refuerza nuestra relación con el mundo.

Esta serie de cuentos de Eraclio Zepeda parece manifestar, primero que nada, su adhesión al método, al modo narrativo en boga, a tal grado que es inevitable que varios de los cuentos que forman el volumen tengan, como primer referente, el del contexto histórico literario en que han sido producidos, pues delatan de manera fatal, a veces desde sus primeras líneas, su irrestricta filiación al método de algunos cuentistas cuyas obras ciertamente hollaron nuevos derroteros narrativos en su momento, pero cuya calidad radica, en buena medida, precisamente en el asombro de su (y de nuestro) propio y perdurable hallazgo.

El método no es propiedad privada y todo lo que podemos pedirle a un autor que toma prestado un método, es que no permita que éste opaque su propia personalidad, o, en el peor de los casos, que lo suplante, pues entonces el método deja de serlo para convertirse en "sabor", en otro "esto tiene aires de aquello": delación que implica, incluso, la ausencia de verdadera afinidad entre el metódico y el metodista. En pocas palabras, no hay nada más importante que hacer sentir al lector, siempre, quién domina a quién.

Así, leyendo algunos cuentos de *Asalto Nocturno* ("Capitán Simpson Q.E.P.D.", por ejemplo) sentimos luego —"Estaba Margarita sonriendo su muerte de ahogada" (p. 31)— una cándida (y Eréndira) filiación garcía-marquista. Pero el problema serio es cuando pasadas cuatro o cinco páginas, García Márquez continúa ahí: se ha convertido en el referente del cuento. Si Borges asegura que no hay nada peor que sentir la presencia del autor en la obra, ahora la confusión adquiere otro matiz: es *otro* el autor que está presente. El cuento así identificado (no con cierto sentido, sino con otra obra) remite a sus orígenes, a su inútil genealogía —inútil en cuanto que hecho literario.

Por otra parte, los personajes de los cuentos rurales parecen condenados, por principio —o, quizá, por método— a una existencia literaria falsamente parabólica en su afán de sumarse a esa nómina entre munífica y folclórica del "realismo mágico", compuesta de ahogados prodigiosos, dictadores hiperbólicos, angelotes derribados y marineros prepotentes. Patriarcalmente adustos, fingen una sabiduría heredada de siglos que brutalmente se manifiesta en la sentencia apocalíptica y unívoca ("Eran las cuatro de la tarde cuando mi abuelo dijo: —Esta ballena está apestando" [p. 13]; mitologizados y telúricos conviven con el asombro que les produce un mundo demasiado hermético en sus manifestaciones para poder existir bajo otra fórmula que no sea la del cuento, que, desde mi punto de vista, es el caso de "Los trabajos de la ballena", "Capitán Simpson Q.E.P.D.", y "Gente be-

lla" —este último inscrito en la moda, aunque la anécdota sea verídica, del espectacular dictador tercermundista que decide importar "blancos" purificadores de una raza prieta "muy acrecentada de la varonía" incapaz de trabajar y prosperar.

Los cuentos urbanos son, indudablemente, los más logrados ("Lidia Petrovna", "El caballito" y "Asalto nocturno"). "La señora O'Connor" quiere ser un cuento "pánico", saturado de enajenaciones seniles, que, nostálgico de teatro del absurdo, presenta a la ya también estereotipada pareja decrepita cuyas vidas transcurren en simultaneísmos de conciencia onírica a la manera de Cortázar y delirios matusalénicos alrededor de un radio que ha substituido al lecho nupcial y que los mantiene unidos en su divorcio de hotel pekinés.

"Lidia Petrovna", en cambio, relata conmovedoramente la historia de una conversión realizada con sutil verosimilitud: una dama venida a menos narra, en plena contrarrevolución cubana, su historia de transferencia rusa que, contra su voluntad, dejó Petrogrado en tiempos bolcheviques con su caja de joyas, para seguir a un marido zarista convencido de que la isla del Caribe será el último lugar de la tierra donde llegue el comunismo. El cuento, relatado llanamente, logra su difícil cometido: crear un personaje; el hilo suave de la historia fluye casi autónomamente: no hay narrador, hay sólo el simple destello de lo narrado. Con "El Caballito" sucede lo contrario: el elaborado empeño por redondear una anécdota significativa y delicada, sumerge al cuento en lo redundante y lo pierde en innecesarios vericuetos, ya que, aunque el relator de esta narración esté personificado por un borracho, carecen de funcionalidad, obligando al lector a disfrutar sólo el exitoso lenguaje del personaje. El mejor de todos los cuentos es el que comparte el título del libro. Una historia interesante que alcanza de manera definitiva un feliz desarrollo gracias a la inteligente habilidad de Zepeda para plantear el conflicto —quebrando la temporalidad externa y conservando la interna del personaje— entre el individuo y sus recuerdos, entre el abandono íntimo de la soledad en la culpa y la soledad evidente que subyace en toda existencia. En la historia de ese muchacho, urgido de reivindicarse moralmente con su adolescencia asaltando la escuela militarizada de su preparatoria, tenemos un relato humano y fino mucho más representativo del talento de Zepeda que las historias de marineros y ballenas inmensas.

Asalto Nocturno (Premio Nacional de Cuento, 1974), Joaquín Mortiz, Ed. México, 1975, 113 pp.